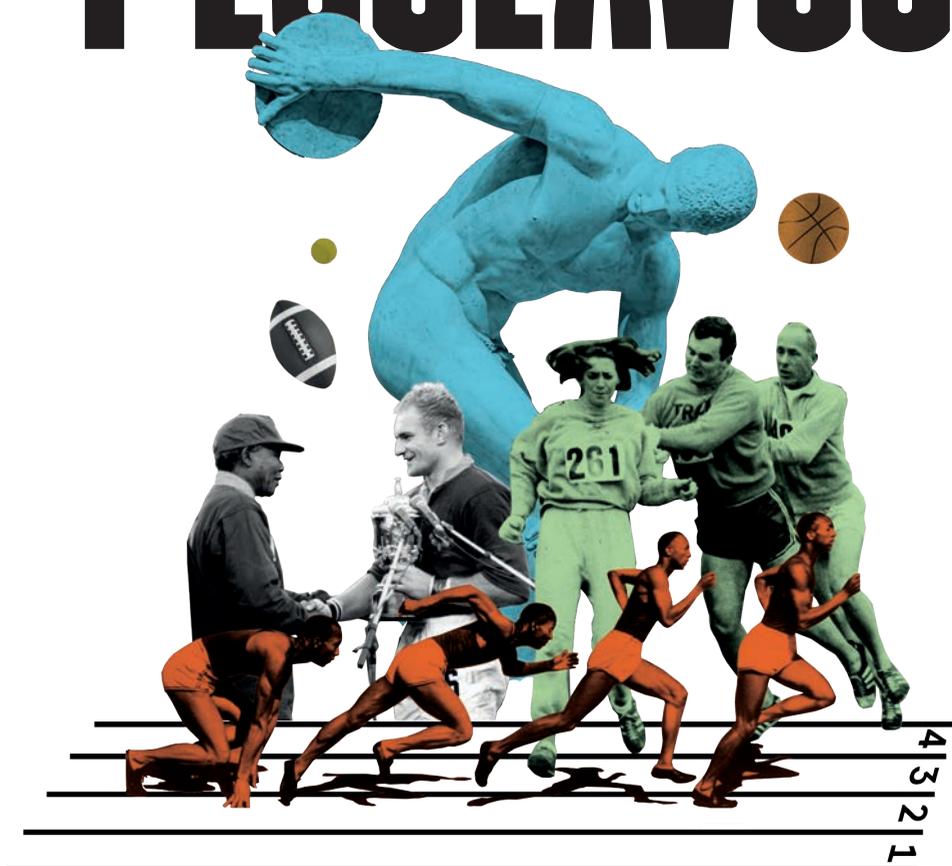


MARCOS PEREDA

# PRÍNCIPES Y ESCLAVOS



UNA HISTORIA SOCIAL  
Y CULTURAL DEL DEPORTE

*Ariel*

Marcos Pereda

# Príncipes y esclavos

Una historia social y cultural del deporte

*Ariel*

Primera edición: noviembre de 2023

© Marcos Pereda Herrera, 2023

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-344-3690-9

Depósito legal: B. 18.402-2023

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



# Índice

1. ESTÁN LOCOS ESTOS ROMANOS (Y YO SUSPENDÍA SIEMPRE HISTORIA) . . . . .	15
Los griegos, que van de puros . . . . .	16
Están locos estos romanos . . . . .	19
Eran guapos, ricos, famosos y hacían bien lo de matarse. . . . .	23
El final de este deporte, o cómo a los cristianos no les hacía mucha gracia. . . . .	26
2. EL CID ANUNCIA CALZONCILLOS Y SE ENTREVISTA CON IBAI . . . . .	29
Los nobles noblean. . . . .	30
Y, mientras, el pueblo... ¿qué? . . . . .	34
En tablero, que fuera llueve. . . . .	38
Otros Juegos Olímpicos, aunque de mentirijilla. . .	41
3. MOSTACHOS, BRANDI Y REGLAMENTACIÓN . . . . .	45
Qué bonitos los bulevares, qué fáciles de reprimir . . . . .	45
Nosotros somos caballeros, vil truhan . . . . .	47
El rugby es para pijos, el fútbol para la clase media . . . . .	51
Esos Juegos de los que usted me habla y su barón rampante . . . . .	54
Aquellos Juegos del principio . . . . .	57

4. TÚ NO, QUE ERES POBRE . . . . .	59
Oh, qué cristianos tan musculosos. . . . .	60
Deportes y obreros . . . . .	63
Pues monto mi propio club . . . . .	65
Nacionalizaciones rápidas para atletas veloces . . . .	68
5. ROJOS SOBRE RUEDAS, AZULES A MOTOR . . . . .	73
El deporte del <i>fascio</i> (y esos aires tan marciales). . .	74
No es alpinismo: es conquistar. . . . .	76
Fútbol, políticas y Democracia Corinthiana . . . . .	79
6. ME DA IGUAL QUE SEA A CUADROS MIENTRAS META PUNTOS . . . . .	83
Aunque sea a cuadros. . . . .	84
Ligas Negras, copas negras y hasta unos Juegos Olímpicos negros . . . . .	87
Boxeo, boxeadores y bocazas . . . . .	90
Deporte y lucha racial. . . . .	94
Los años ochenta, Michael Jordan y la mirada comercial. . . . .	99
<i>Apartheid</i> , perdones y una lacra que no cesa. . . . .	103
Un vistazo a la actualidad. . . . .	106
7. MENTIROsos, ORGANIZADORES Y BASTANTE GOLFAINAS	109
Abriéndonos paso a latigazos. . . . .	110
Igual el Wolverhampton no era tan bueno. . . . .	112
Mentirosos profesionales . . . . .	114
Plumas y fascinación por el deporte . . . . .	116
8. PERO ¿EN FALDAS? ¿ESTÁ USTED LOCA? . . . . .	123
Las mujeres están para dar besitos. . . . .	124
Alice Milliat y unos Juegos Femeninos . . . . .	126
Bicis, liberación femenina y sicalipsis inventadas . . . . .	127

La mujer que corrió un Giro de Italia . . . . .	131
¿Maratones? Pues claro que sí . . . . .	136
Estos deportes mixtos . . . . .	138
<b>9. SOBRE DOPAJE Y DOPADOS . . . . .</b>	<b>141</b>
Lenguas azules en <i>Astérix</i> . . . . .	142
Un proceso cada vez más refinado . . . . .	144
Las mejores-peores excusas . . . . .	147
Narcotráfico y deporte: el caso de Colombia . . . . .	151
Narcotráfico y deporte: narcocorridos mexicanos . . . . .	158
Narcotráfico y deporte: la sucursal gallega . . . . .	160
<b>10. UN VECINO TAN ODIADO: LOS DERBIS EN EL DEPORTE</b>	<b>163</b>
Qué lord tan egregio . . . . .	164
Problemas de religión y política. . . . .	166
Los calientes derbis latinos. . . . .	172
Odio eterno al fútbol moderno . . . . .	177
<b>11. DOS MUNDOS EN UNO . . . . .</b>	<b>181</b>
Carreras en honor a Espartaco . . . . .	182
Aquello que pasó en mayo, año 1968 . . . . .	184
La Carrera de la Paz . . . . .	187
De Forrest Gump a Dennis Rodman: diplomacia deportiva . . . . .	190
<b>12. ¿GOL VÁLIDO? PUES TE DECLARO LA GUERRA . . . . .</b>	<b>195</b>
Aquella patada de Boban . . . . .	196
Bartali evita una guerra, Coppi evita otra (y, quizá, las dos fueron invenciones) . . . . .	198
La guerra del fútbol . . . . .	205
Milicias que llegan desde los campos . . . . .	207
El fenómeno ultra. . . . .	210

13. SOMOS MÁS FAMOSOS QUE JESUCRISTO	
(A VER CUÁNTO NOS DURA) . . . . .	213
Datos, datos y más datos . . . . .	214
Esto ya no es lo que fue . . . . .	216
La desafección actual . . . . .	220
¿Es el deporte cosa de <i>boomers</i> ? . . . . .	223
<i>Bibliografía</i> . . . . .	227
<i>Índice onomástico</i> . . . . .	231
<i>Índice temático</i> . . . . .	245

Una figura. Una figura que corre, que salta, que lleva un balón, que va montada en una bici. Una figura haciendo deporte.

Usted la observa. Aprecia la belleza (o no) de sus gestos, la armonía (o no) de sus acciones, el cansancio (o no) que estila todo.

Nada más natural, nada más afín al mismo género humano. El deporte ha estado siempre ahí, junto con las historias y las regañinas, porque forma parte de nosotros, de todos nosotros. Tanto como para despertar pasiones. Tanto como para ser parte de la misma humanidad.

Pero no solo eso. No se trata solo de admirar, de animar, de competir, de llevarse un disgusto y acudir el lunes «mustio» al curro. No, el deporte no es solo «minuto y resultado», qué va: hay otras cosas, cosas importantes. El fluir de emociones, sentimientos de unos y otros. El deporte representa la vida. Incluso más: el deporte es vida.

Tantas pasiones y esperanzas, todo más allá de la mera disciplina, de las centésimas, de los récords. Tanto que trasciende a gol, puntos y VAR. Lo que nunca se cuenta. Lo que más importa.

De ese misterio trata esta obra: de historias sobre el deporte que no son estrictamente «historias de deporte». No

busquen marcas, ni palmareses, ni fotos donde aparezca el logo gigante de alguna multinacional. No. Hablaremos de racismo, de guerras, de igualdad entre sexos. Hablaremos de griegos enfadados, de romanos dionisiacos y de espartanos comiendo poco. Hablaremos del Cid, y de Maquiavelo, y de Nostradamus, y de Robespierre. Aparecerán Mussolini colgado boca abajo, Hitler negándole el saludo a Jesse Owens, dos o tres barones olímpicos no muy afines al espíritu de estos Juegos. Y luego lo otro, las demás historias. Quienes levantaron un puño en el pódium, las mujeres que corrieron sin permiso, los clubes nacidos en fábricas para que los obreros no se dieran al alcohol. Lo otro, vaya.

Lo que importa.

Este es un libro de príncipes y esclavos. De héroes y pringaos. De pobres y fortuna. De lo que fuimos y lo que seremos.

Al menos, sí, en el deporte.

Disfruten. Y no se fatiguen mucho...

## Están locos estos romanos (y yo suspendía siempre Historia)

El origen del deporte. Nada menos, oigan. En fin, que griegos y romanos, que Juegos en Olimpia, que los de Esparta marcando *six pack* y haciendo cosas de machotes...

Deporte hubo siempre, porque carreras, pulsos, tiro al blanco y demás asuntos yo creo que son tan antiguos como Miguelón. Miguelón no es Induráin, sino el cráneo 5 (o AT 700), un fósil que hallaron en Atapuerca y que tiene entre 500.000 y 600.000 años de antigüedad, julio más o julio menos. El nombre sí, el nombre se lo pusieron por Induráin, que mola demasiado. Pero nosotros hablamos de otra cosa. De algo que tiene trasfondo sagrado y político, y también apoteósico, si usted decide usar la palabra *apoteosis* según su etimología exacta, es decir, ‘contarse entre los dioses’. Y ahí... pues Grecia y Roma, con sus reglamentaciones, sus coronas de laurel para el ganador, con sus apuestas y sus becerros gritando desde las gradas. Con su pasión gordísima, eh, sobre todo su pasión gordísima.

Aquí les hablaremos de lacónicos que hablan poquito, emperadores mazaos, atletas multimillonarios y alguna revolución que tuvo origen —oh, sorpresa— entre los *hooligans*...

Comencemos.

## LOS GRIEGOS, QUE VAN DE PUROS

Era lo que tenían los griegos, que miraban a los romanos así, como diciendo: «Yo ya sé de qué va el cuento y solo te permito gobernarme porque das pena». Y con los deportes, igual. Lo suyo era lo mejor, lo más exclusivo, lo más prístino. Y, oigan, como en todo, hay matices.

Sobre el deporte: antes de los griegos, haber..., pues hubo. En Egipto, en Mesopotamia, en el Extremo Oriente. También, claro, por Creta, que no vean lo bonitos que son sus mosaicos con toda esa gente musculada y haciendo cosas que hoy te venden a treinta euros la clase.

Pero es cierto que lo gordo, lo realmente gordo, se inventó en la Grecia arcaica. Si hasta hicieron no sé qué de unos Juegos, unos que aún se imitan.

En el comienzo no fue el verbo, sino las monedas. O las tierras, que era lo que de verdad valía entonces. O, mejor aún, los propietarios de las tierras, muchimillonarios con tiempo libre para aburrirse, hacer y deshacer. Vamos, peña sintiéndose «especial», pero que muy especial, muchísimo, mogollón, lo suficiente como para seguir cierta lógica: «Oye, soy tan especial que voy a montarme unas celebraciones donde solo participen quienes sean igual de especiales que yo. Y al resto los llamaré “bárbaros”, que hará referencia a los extranjeros, pero que en realidad significa “quien habla balbuceando”, o sea, quien no entiende mi idioma, o sea, los que no son como *moi*. Griegos, sí, griegos. Yo soy heleno, heleno, heleno... Yo soy heleno, heleno, heleno, lo, lo, lo». Y etcétera.

Es así como, en el año 776 antes de nuestra era (fíjense si hace), se celebraron los primeros Juegos Olímpicos, y, desde ese día, el calendario se mediría por olimpiadas, es decir, el período de cuatro años que iba de Juegos a Juegos. Allí competían ciudadanos de toda Grecia. Pero cui-

dado con confundirse con esto de «toda Grecia»... Por ejemplo, Alejandro de Macedonia —que no era *ese* Alejandro de Macedonia, hijo de Filipo, sino otro Alejandro de Macedonia, hijo de Amintas— quiso participar en unos Juegos y le pusieron problemas, porque los macedonios eran griegos, pero les trataban con displicencia, como griegos de segunda. Para sortear las trabas, Alejandro dijo que descendía del mismo Hércules, demostrando así que su árbol genealógico era griego de sobra. Ya ven: prejuicios. (Luego este Alejandro fue quien aconsejó a Jerjes lo de las barcas en el Helesponto, así que igual tampoco era tan griego, oigan.)

Digamos que el tinglao basculaba entre lo religioso y lo deportivo, e incluía celebraciones atléticas, sí, pero también peregrinaciones hasta el santuario de Zeus, en Olimpia, que se encontraba en la antigua Élide. Como aquello lindaba con Laconia pues estaba el lugar en continua disputa entre los de Pisa, los etolios y los espartanos. Pero, para no malmeter en período festivo, se declaraba inviolable Olimpia mientras durasen los Juegos. Es el origen de la tregua olímpica, que aún hoy persiste (aunque los malos no suelen respetarla, porque..., en fin, porque son malos).

Quienes participaban debían concentrarse un mes antes en el gimnasio de Elis, jurar no haber cometido ningún delito y prometer que competirían sin trampas. Ejem. Para velar por todas estas reglas estaban los helanódicas, los primeros árbitros del deporte mundial. Desconocemos si recibían insultos y similares, pero apostamos a que sí...

¿Mujeres? Ni de coña. ¿Esclavos? Deje usted de bromear. ¿Hombres libres con genealogía no floripóndica? Sigue sin hacerme gracia. ¿Tíos fornidos, pero sin cuenta corriente gordísima? Pues *niet*, porque ¿cómo vas a prepa-

rarte, cómo vas a ponerte guapo, cómo vas a echarle aceites en el pelo, Alexandros José? ¿Cómo? Igual tenías un mecenas, y este corría con tu manutención para que ganasas en su nombre, pero no era lo habitual.

¿Y qué hacían en los Juegos?, quiero decir, ¿en qué competían? Pues en atletismo puro y duro, amiguetes: lanzamiento de jabalina, de peso, de martillo, carreras, pancracio —tiene un nombre curioso, pero no deja de ser *kick boxing* a la antigua usanza—, saltos, lucha... Vamos, todo lo que se le ocurra a usted en plan milicia. Con esta presentación no debería extrañar que dominasen, en un primer momento, los espartanos. Porque ustedes han leído *300*, el cómic de Frank Miller —y/o han visto la peli—, y menudos abdominales los espartanos, qué fiereza, qué preparación más cruel pero efectiva. En la realidad, pues parecido (torsos fornidos al margen), porque su adiestramiento vital era poco menos que darwinista, y así salían elementos como para cepillar cuantas medallas quisiese usted. En dos siglos de Juegos, más de la mitad de los vencedores olímpicos fueron espartanos, lacónicos, lacedemonios. Luego ya sí, luego cambió, por asuntos políticos e historias, pero al principio no había quien le tosie-se a Esparta.

Después fue el momento de Atenas. El tema sería entonces algo distinto, porque la disciplina atlética (y la educación de la misma) ya no era cosa de robar, pegarse con lobos y matar chavales, sino que confluía en un ideal cuerpo-mente de lo más cuco. Uno que defendían esos señores que ustedes estudiaron en Filosofía. Platón, por ejemplo, se llamaba realmente Aristocles, pero usaba Platón como *nom de lettre* porque suena mucho más chulo y porque significa «el de las anchas espaldas». Sí, Platón estaba maza: hizo un montón de lucha en su juventud y parecía un Ramón y Cajal con barba (busquen fotos de

Ramón y Cajal), un Arnold Schwarzenegger pronunciando bien, un Steve Rogers con más seso. Aristóteles también hacía algo de ejercicio, pero lo suyo era más relajadete: se dedicaba a pasear, y mientras caminaba iba hablando o pensando, y por eso le decían peripatético ('que pasea').

En la Grecia clásica empezó a irse un poquito a la porra esa idea pura de los Juegos Olímpicos, esa que propugnaba amateurismo, dignidad, guapura, pureza de alma y buenas formas en lid. Vamos, todo lo que resulta complicado ver hoy en deportes por la tele. Pues se fastidiaba en Grecia, sí, cuando los atletas empiezan a cobrar por hacer sus asuntos. De hecho, *atleta* significa 'el que compite por un premio', y ese premio ya no era, como antes, la corona de olivo o laurel, sino montones de monedas, cuanto más valiosas mejor. Ah, también el público se estaba tornando más grosero, chillón y «amarillista», y las pruebas de exhibición física entraron en crisis, mientras que los deportes violentos (lucha, pancraccio) se volvieron cada vez más populares. Gritos, sudor y sangre.

Quizá este fuera el comienzo de todo.

## ESTÁN LOCOS ESTOS ROMANOS

Los romanos eran más cínicos. En los manuales de Historia les llaman «pragmáticos», pero es que esas son obras para finolis. Cínicos, créanme.

Los romanos eran más cínicos, así que adoptaron eso de la profesionalidad desde muy pronto, y con indisimulado deleite. Los orígenes de los juegos y deportes fueron sacros, pero es que, además, se cayó en la espectacularidad y el circo (en el más amplio sentido) muy rápidamente. Lo que provocó otra consecuencia: que en Roma hu-

biese una división clara entre el *cives* (aquel que iba a ver deporte mientras saboreaba crestas de gallina confitadas en miel) y el competidor, que era un muerto de hambre (o un esclavo) dispuesto u obligado a ganar unas monedas y a redimir errores del pasado.

Vamos, que ahí comienza el concepto de «espectáculo de masas». Por toda Roma empezaron a construirse un montón de recintos monumentales para que acudiese allí la peña a soltar bilis y a descargar tensiones como ocurre ahora en los estadios contemporáneos. Los griegos preferían tenderse en la hierba mientras recitaban a Píndaro, pero eso era ya cosa del pasado: tan decadentes en aquel momento de la historia, los helenos agachaban la cabeza cuando veían un cartelón con el SPQR. Así que tenemos el Circo Máximo, donde cabían más de 150.000 espectadores; el Anfiteatro Flavio (ustedes lo conocen como Coliseo), con aforo para 65.000; o el Estadio de Domiciano, para 30.000 potenciales chiflaos. Por no irnos muy lejos, en el Circo Romano de Mérida cabía más o menos el mismo número.

Así que *panem et circenses*. También en eso fueron pioneros los romanos, mire. Sucedió que en aquella Roma republicana varias magistraturas municipales se elegían por los ciudadanos libres de la urbe. Y ocurría que el mismo crecimiento de la ciudad hacía que muchos de esos ciudadanos libres fueran desocupados indigentes sin recursos, laburo o perrito que les ladrase, pero con un montón de tiempo para ver deportes (como su cuñado Luis Alfonso, vaya). Así que los ricachones se afanaron en organizar eventos para tener calmada (al menos) y contenta (preferiblemente) a esa muchedumbre de potencial peligro social. Sí, amigos, está todo inventao. Luego, durante el imperio, líderes militares y civiles continuaron con lo mismo, porque funcionaba y porque así se garantizaba la

paz social, que es muy agradecida cuando eres un tirano. Ojo, potenciar el circo también puede provocar el efecto contrario, como veremos después en Constantinopla, pero no es lo más común...

De esta forma, y ya en el Bajo Imperio, resultó que los días con fastos eran más de la mitad, quedando el resto como nefastos. Otra vez, fíjense en el fútbol de hoy en día, amigos, para ver lo mismo que hace tantos siglos.

Vale, pensemos en el peligro —que es algo muy de los *latini*—, pero dejando al margen de momento a gladiadores y similar. Empecemos pues por las carreras de equinos, que era lo más exitoso, lo que más pasta movía y lo que más riesgo entrañaba. Oh, sí, qué delicia ir a ver las carreras de caballos al Circo Máximo.

A ver, las competiciones de cuadrigas consistían, normalmente, en dar siete vueltas a la cuerda de un circo (el Máximo gastaba 621 metros de largo). Estas cuadrigas tenían cuatro caballos (las bigas tenían dos), y hacer que todos galoparan en la misma dirección era el gran éxito del auriga. Vamos, que maña y fuerza, porque si se desbocaba uno..., buuum.

A las carreras se las llamó, desde muy al principio, *ludi circenses* (¿recuerdan lo de *panem et circenses*?, pues originalmente era por estas competiciones, que gustaban muchísimo en Roma), y estuvieron primero orientadas a la religión (se celebraban a la vez que unos rituales denominados «equirria») y, más tarde, a que la aristocracia y los ricachones se divirtieran. Se contaba, incluso, que la primera cuadriga en plan bólico la condujo Rómulo, para entretener a los sabinos mientras sus compinches raptaban a las sabinas (seguro que les suena el rollo de los romanos llevándose a mujeres para poblar su recién nacida ciudad). Sucede que, ya en la República, muchos políticos se dieron cuenta de esa enorme popularidad que

granjeaba organizar, apoyar y, por qué no, competir en las carreras, así que fueron extendiendo la costumbre por todo el imperio para que el populacho gozase mogollón (y no estuviese levantisco, vaya).

Había cuatro escuadras, distinguidas por colores, por divinidades y por estación. Los blancos, que simbolizaban el invierno y defendían a los dioses de los vendavales y los truenos; los rojos, que representaban el estío y a Marte, el dios de la guerra; los verdes, identificados con la madre tierra y la primavera; y los azules, que representaban el otoño y adoraban a los seres oceánicos. Con Domiciano se incluyen otras dos escuadras, la purpúrea y la áurea, pero desaparecieron a su muerte. Y entre ellas pues a matar, pero a matar matar. En cada carrera participaban hasta tres carros de cada equipo, por lo que hacer estrategias sucias (como obstruir a otro competidor, hostigarlo o, directamente, echarlo fuera) era moneda común. La gracia (ejem) era que estas estrategias sucias acababan frecuentemente con resultado fúnebre: un rollito *Los autos locos*, pero en plan gore. El auriga se ataba las riendas a la cintura, por lo que, si descarrilaba el carro, él caía junto con madera, ruedines y equinos, y era espachurrao por su peso o atropellado por rivales o terminaba con pronóstico reservado y magulladuras bien gordas, una cosa horrible.

Rivalidad había no solo entre facciones, sino también entre aficionados (como hoy). Estos, a veces, eran gente de lo más poderosa en la urbe, así que el asunto se ponía interesante. Calígula componía tifos por los verdes, por lo que mandó envenenar animales (eso está feo) y aurigas (eso está muy feo) de los otros equipos. Es más, el día antes de las carreras guardaba, con ayuda de la soldadesca, el silencio en el barrio de la escudería (que es, lo juro, el sitio donde descansaban los caballos) para que su bestia

favorita descansase bien. Ah, esta bestia se llamaba Incitato, que significa ‘Impetuoso’ (que suena muy parecido a «Imperioso», ¿no? Luego les hablo de Imperioso). Bonito nombre. Debía ser chulísimo el caballuco, porque Calígula le construyó un establo de mármol, un pesebre de marfil, una manta de púrpura y piedras preciosas, le regaló un palacio, le obsequió con esclavos y hasta anduvo con la idea de nombrarlo cónsul. Finalmente desechó tal dislate, y jamás caballo alguno ha gobernado sobre ninguna ciudad (de burros sí que hay constancia). Y luego estuvo Imperioso por Marbella, que casi era vicealcalde, míster Simpatía y ganador de las veladas poéticas. Aproximadamente.

Ya ven, un Barça-Madrid.

#### ERAN GUAPOS, RICOS, FAMOSOS Y HACÍAN BIEN LO DE MATARSE

Si a usted le preguntan por el deportista que más pasta ha ganado en toda la historia seguro que le vienen algunos nombres a la cabeza: Michael Jordan, Lionel Messi, alguien del tenis, alguien del fútbol americano, Tiger Woods quizá...

Pues miren, no.

Debemos irnos más atrás, mucho más atrás.

Porque los «atletas» y similares de la antigua Roma estaban forradísimos, pero forradísimos. Bueno, al menos quienes sobrevivían el tiempo suficiente, seguro que me siguen, porque ya les conté de la peligrosidad que traía el tema. Pero esos..., joder, para diez generaciones, o más.

El culmen fue, según los cálculos, un tal Gayo Apuleyo Diocles, que se dedicaba a los aurigas y llegó a embolsarse casi 36 millonzucos de sestercios. A ver, dejen que haga la

conversión... Sí, vale, me llevo una... Ok, a día de hoy este buen mozo hubiera ganado... casi 13.000 millones de euros. Sí, léanlo. Casi 13.000 millones de euros.

Diocles nació en Lusitania, en Lamecum (actual Lamego, una población cerca de Oporto), allá por el 104 de nuestra era, con Trajano como emperador. Debutó muy pronto en eso de las carreritas, con apenas dieciocho en el DNI (como Raúl), y pronto destacó (como Raúl). También vestía colores de los blancos (como Raúl), aunque hizo más la de Figo y se pasó a los verdes (rivales irreductibles) y más tarde a los rojos (también rivales irreductibles), cobrando en cada ocasión sus buenos sacos de monedas a modo de prima por fichaje. Como el padre de Neymar, pero jugándose el pellejo.

Cuentan las fuentes que estuvo en activo veinticuatro años, y le dio tiempo a correr 4.257 veces. Primero en 1.462 ocasiones, segundo en casi 900. No fallaba nunca. Tuvo nueve caballos con los que ganó cien o más carreras, y su favorito, Pompeianus, cruzó la meta en primera posición más de doscientas veces. Si se hace caso a una inscripción monumental, erigida para honrarlo, en el Circo de Nerón (Colina Vaticana), veremos que tenía diferentes estrategias para imponer su calidad: más de ochocientas victorias fueron claras, sublimes, incontestables; sesenta y siete las consiguió tras remontar, porque a veces se ponen las cosas chungas; y hasta treinta y seis llegaron por un «estrecho margen», que debía ser algo así como la *photo finish*, pero sin foto. Vamos, que se llevaría sus buenas hostias.

No fue el que más ganó (Pompeyo Muscioso lo supera, porque alzó los brazos 3.599 veces, aunque no sé si entonces se alzaban los brazos), pero sí el que más pasta hizo, entre fichajes, traiciones y trincarse premios gordísimos. Peter Struck, profesor de Estudios Clásicos en la Universidad

de Pensilvania, calcula que los ingresos totales de nuestro lusitano preferido hubieran valido para alimentar a toda la población del imperio durante doce meses. Alucinante. Ah, Diocles se retiró a la actual Palestina para disfrutar de su dinero al solecillo, que por Trás-os-Montes llueve mogo-llón.

Hubo otros, claro. Gladiadores, por ejemplo; algunos, incluso, desde el trono imperial. Cómodo les vendrá a la cabeza porque Hollywood cuenta sus historias para que todos las entendamos. A Cómodo le gustaba luchar contra animales: cuentan que en un solo día mató cien osos (pobres osucos, qué se les habría perdido a ellos allí). También se cepilló leones, elefantes y una jirafa (no entiendo el mérito de matar jirafas, oigan). Luego organizó unos juegos donde cortó la cabeza a un avestruz, lo que nos lleva a pensar en una fobia patológica en contra de los cuellos largos. Ya ven, un pieza. Dicen que llegó a cobrar el millón de sestercios como gladiador, pero parecen cifras infladas para blanquear.

Contra animales luchaba también Carpóforo, que tenía pinta de bestia, modales de bestia y currículum de bestia. O Marco Atilio, que no era esclavo ni pobretón, sino que gustaba de sangre y huesos astillados y aullidos, y seguro que entienden por dónde voy. Bueno, tenía esa inclinación y estaba entrampadísimo con las deudas, porque también gozaba con las apuestas. Este Marco Atilio fue tan icónico (lo de que se pueda destripar a un cayetano ponía tontorrón a la plebe) que en Pompeya se hallaron muchos grafitis con su nombre y hazañas.

Ah, los gladiadores tenían estilos y formas de luchar (ejem, de matar) diferenciadas, para que el público pudiera identificarse con unos u otros (igual que a unos chavales les gusta Messi y los de más allá disfrutaban con Haaland). Estaban los *murmillo*, que iban con espada, escudo redon-

do y casco de inspiración marina. A estos les ponían enfrente reciaros, que peleaban con tridentes y redes (seguro que lo pillan: peces contra mallas, el arma de Poseidón, la ambientación marítima... Tampoco es que fuesen muy sutiles). O los *thrax* o tracios (daga curva y escudo) contra los samnitas (espada corta y escudo). O las amazonas, que eran gladiadoras femeninas. O el *paegniarius*, que luchaba contra fieras solo látigo en mano. O (y este es mi preferido) el andábata, que iba... con los ojos vendaos, completamente ciego. Es decir, armado hasta los dientes, pero sin ver. Contra otro andábata. Imaginen la escena. Eran interludios cómicos, el bombero torero del Anfiteatro Flavio.

Que la cosa terminase, normalmente, con un montón de tripas humeantes cubriendo la arena nos debe hacer reflexionar sobre lo civilizados que eran estos romanos.

#### EL FINAL DE ESTE DEPORTE, O CÓMO A LOS CRISTIANOS NO LES HACÍA MUCHA GRACIA

Digamos que a los cristianos lo del deporte..., regulín. Y eso que san Pablo usó la metáfora del atleta en varias de sus epístolas, pero es que san Pablo pillaba de todo, por lo que tampoco hay que tomárselo literal. En cambio, poner a combatientes como especialidad tipo bufé para fieras en el Circo Máximo pues sí que les gustaba. Estos banquetes felinos vinieron a sustituir a los *munera sine missione*, que eran, en pocas palabras, combates colectivos donde palmaban casi todos los participantes. Claro que entre eso y ver a unos pobres hombres defenderse con las manos desnudas ante leopardos y similares, pues...

Sucede que la historia tiene estos caprichos. Desde el emperador Constantino en el siglo IV, los cristianos no

únicamente se volvieron numerosos en el imperio, sino, ojo ahí, religión oficial. Vamos, que ya nadie se los comía (más que a besos, si fuere menester). Y los nuevos gobernantes (aun en el aspecto religioso) hicieron lo que hacen los nuevos gobernantes (aun en el aspecto religioso): cepillarse cualquier recuerdo de anteriores creencias y fes. Vamos, ni un reducto de paganismo quedó, salvo aquellos que transustanciamos debidamente. Sumen supresión de fiestas, sumen observancia dominical (que censura espectáculos en ese día), sumen eliminación —en el 393 de nuestra era— de los Juegos Olímpicos (decadencia grecolatina, puaj)... y tenemos el asunto terminado. Fuera dioses que no fueran Dios, uno y trino, fuera hedonismos orientalizantes, fuera termas, fuera festividades públicas, fuera diversiones. Disolutos, que sois unos disolutos.

Así que el estremecer deportivo (aunque más afeitado que los bigotes de Cánovas) se fue para Constantinopla. Y allí..., pues igual. Carreras de cuadrigas, cuatro colores, facciones. Roja y blanca para los pijos acomodados, azul y verde para pobretones que estuviesen a favor o (moderadamente) en contra de las políticas que regalaba el muy amado emperador, allí llamado *basileus*.

Tampoco ayudó, casi seguro, el rebote que se pilló en el 399 de nuestra era Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla, cuando en un Viernes Santo se encontró el templo sin gente. «Es que hay carreras, Juanillo, coño.» Bueno, ya pueden imaginarse: que si sermón monopolizao, que si salvajes, que si esto, que si lo otro...

Todo ello explotó allá por el 532, reinando Justiniano (pesadilla y angustia para todos los alumnos de Derecho). Sucedió que, en aquel tiempo, verdes y azules estaban a hostia limpia en el Hipódromo de Constantinopla, hasta que se dieron cuenta de que, joder, podían unirse y mejo-

rar sus vidas, y empezaron a montar alborotos, y a ciscarse en los señores guardias, y exigieron liberación de disidentes, control de los tribunales, supresión de deudas, confiscación de bienes públicos. A esta comuna de Bizancio se le llamó Niké, y no anduvo lejos de calzarse al bueno del emperador. Pero este tenía a Belisario, su general y hombre de confianza, cerca: Belisario era seriote, un tipo en quien confiar, listo y sin escrúpulos. Según se cuenta, entró en el hipódromo y pasó a daga a unas 30.000 personas que estaban allí. Seguramente será exageración, pero... Tras este pequeño traspies, Justiniano decidió que estaba hasta la coronilla de los *hooligans* y que las carreras quedaban prohibidas, hala. Y, tras las carreras, cayeron todos los demás espectáculos deportivos. La Iglesia dando saltitos, bien contenta.

Y nosotros aburridos de narices...